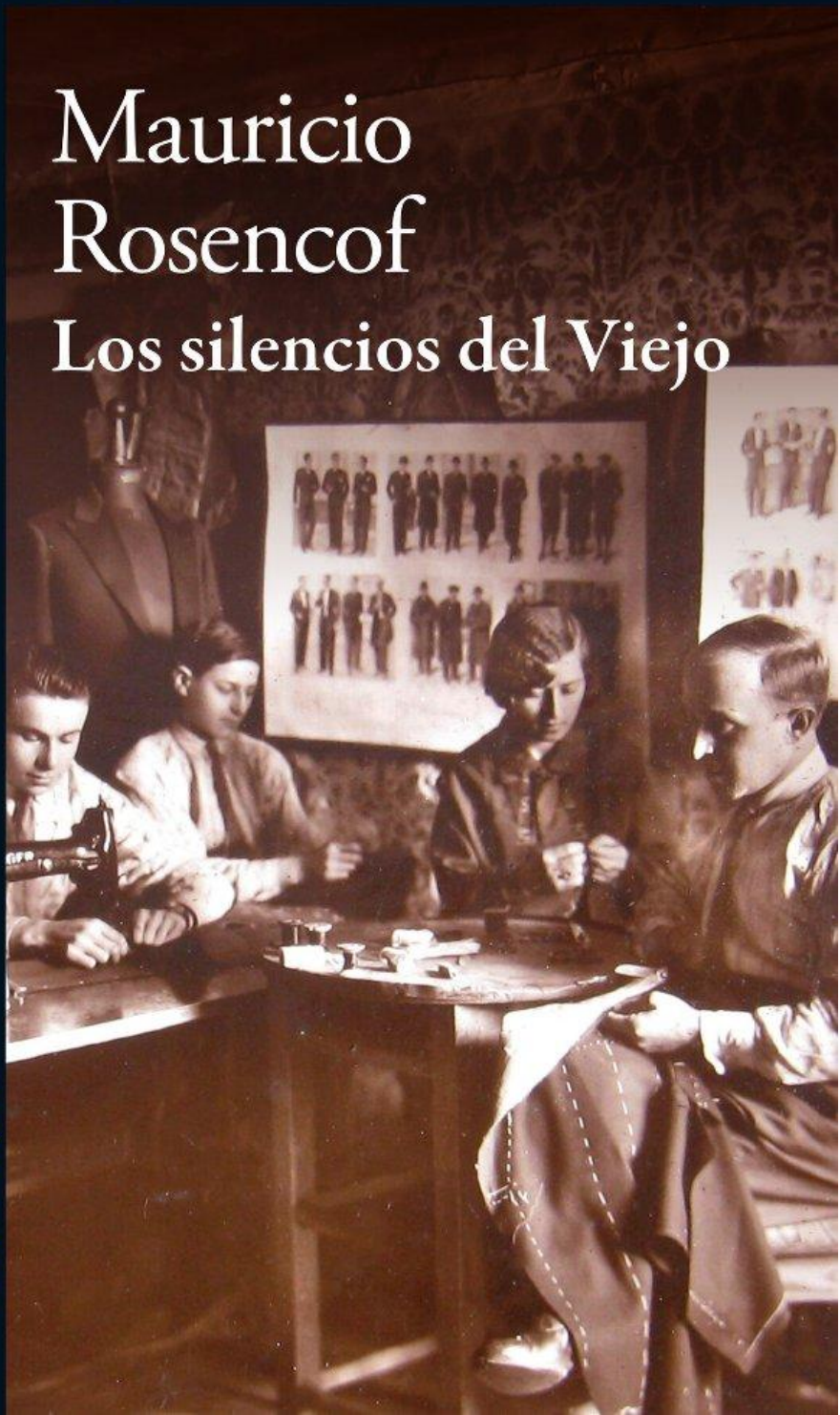
ALFAGUARA

Mauricio Rosencof

Los silencios del Viejo



Narrativa Hispánica

Mauricio Rosencof

Los silencios del Viejo

ALFAGUARA

Brindis con el Viejo

Yo sé que los domingos, casi al mediodía,
abrís con cautela el viejo aparador
y vertís en un vaso del mismo licor
que en los buenos tiempos con vos compartía.

Yo sé que a ese trago le falta alegría
y que al tomarlo no le hallás sabor,
porque a veces suele borrar el dolor
su gusto al vino y la luz al día.

Pero vos sabés que la tormenta pasa,
y que el implacable sol no se detiene
cuando un nefasto nubarrón lo tapa.

Por eso sé que volveré a tu casa,
algún domingo que el almanaque tiene
para beber con vos una risueña *grappa*.

Afirmó con energía el pie en el primer escalón del vagón. La rodilla reumática le gruñó. Entonces, con la mano libre, se prendió de la agarradera y pegó el envión. La otra pierna respondió con la inercia y ahí quedaron las dos, juntas, compañeras, tomando aire para la embestida final.

Traspasó la carga de la mano derecha a la otra, en descanso. Era una chismosa de feria, con unas manzanas verdes al fondo, reinetas; luego una muda de ropa, la camiseta amarilla, gruesa, a prueba de frío, afelpada. El resto al tono. Comenzaba el invierno.

Por encima de todo, de lo más prolijos, como envueltos de fábrica, lo que era la joya de la chismosa: un par de zapatos negros, sin uso, de punta, como a él le gustaban.

Interrumpió el inventario un pasajero, al pie del tren, detrás del Viejo:

—¡Para hoy, don! ¡Dele! ¡Para hoy!

Entonces el Viejo, la chismosa y los tamangos lustrados terminaron de arrastrar el reumatismo y de un nuevo envión dejaron la plataforma, terminaron de trepar al vagón y se ubicaron contra la primera ventana.

Fatigado pero satisfecho por poder, el Viejo se arrellanó en el asiento. Miró hacia afuera, por si venía alguien. Alguno de aquellos con quienes se cruzaba a lo largo de los meses, los años, con los que solía hacer los mismos viajes, cotejando paquetes, hablando de lo mismo, de los mismos. La madre del Pepe, la hermana del Ñato.

Nadie. No estaban. Hoy la visita era solo para uno.

Instaló la chismosa entre las piernas, repasó el cargamento: reinetas, muda, los botines.

Libro no. No dejan.

Se prometió a sí mismo que durante el trayecto de cinco o seis horas no iba a mear, por más ganas que tuviera. Tenía que aguantarse hasta Paso de los Toros.

Rosa alzó el índice y dijo:

—No la dejes sola. ¿Y si le pasa algo?

Fue lo último que escuchó, ya en el zaguán, cuando pisaba la vereda.

Entonces el universo se instaló en la ventana. Así desfilaron sinopsis de recuerdos, tareas, memorias: la hoja de lechuga, el hijo, las cretonas de Rosa bajo la lluvia, las cartas que llegaron.

Porque el ferrocarril se entró a mover, pero la ventana no. Y la ventana fue pantalla donde, sobre el hormigón de la planchada, desfilaron los campos baldíos, un regimiento de eucaliptos, maizales, la nada. Sobre todo aquello se iban proyectando el entierro del hijo mayor, el pueblito de Polonia, el *shtetl* donde nació y fue a la guerra. Todo: el amor con Rosa, el Zapi que se va a mear porque Rosa no lo saca —si antes no llega Chiquita— y la canarita que puso dos huevitos en el jaulón. Todo. Y las cartas de los que iban a morir y las cartas de los muertos, y ahora, las de los que volvieron del aquelarre.

Solo lo distraían las ganas de mear que dos por tres le venían, y el hambre. Entonces abre el envoltorio de papel de panadería, y saca dos sánguches de pan negro con manteca. Dos: ida y vuelta. Blandos. Y un par de bananas que no usa y deja con las reinetas, por las dudas de que pasen. Porque la fruta es limitada, solo permiten seis.

Que nunca llegaron.

Todo se paralizó. Comenzamos a sentirlo a principios de setiembre, cuando el ejército alemán empezó a llegar.

En ese momento no me daba cuenta de lo que sucedía. Era una niña. No sabía qué iba a sucedernos.

Después de unos pocos meses lo fuimos sintiendo. Los alemanes estaban acá. Una familia quiso quitarnos el apartamento.

En 1940 fuimos a un lugar que hicieron llamado Majdanek. O algo así. No recuerdo bien el nombre. Quizás lo recuerde luego. Era como una pequeña villa fuera de la ciudad donde vivían muchos polacos con sus familias y tenían algunos terrenos de campo. Así que los echaron, y no sé dónde fueron a parar. Allí nos pusieron, en el galpón del heno.

Ahora me acuerdo. Majdanek.

El lugar se llamaba Majdanek.

A24737

Los verbos, en la memoria, se conjugan en el mismo tiempo. El tiempo en la memoria es siempre contemporáneo. No banca un calendario, un almanaque, nada. Un reloj.

Es lo que le responde la pantalla de las ventanas al Viejo.

Y ahí está, en disputa con el hijo cuando le confeccionó su primer traje de pantalón largo. Porque necesitaba traje para la milonga, y el Viejo eligió un paño inglés de pleno azul marino.

Entonces descolgó el centímetro del cuello y fueron al vestidor casero, en la parte de atrás de un ropero enorme, separado de la pared por el ancho de un espejo vertical, de cuerpo entero. Y todo iba bien hasta que fue a tomar la medida de los bajos del pantalón, y el hijo quería "bombilla", porque si no tenías pantalón bombilla, en la milonga planchabas.

El Viejo había anotado "24", y el hijo tiró la bronca. Entonces vino Rosa, a los gritos y a mediar, porque el Viejo aflojaba hasta 22, y el hijo se plantó en 14.

El vidrio de la ventana del tren reflejaba el rostro del Viejo. Tenía como una sonrisa.

Fue cuando aparecieron las botas con las suelas de boca abierta. Barbudo, raído, iba por la calle de Lublin donde el cuñado tenía la sastrería. Allí trabajaba antes de que lo mandaran a la guerra. Y esa guerra fue entre rusos y polacos, en la frontera donde, según contó alguna vez, se salvó de un sable que blandía un cosaco a caballo.

En esa guerra lo dieron por perdido. Muerto. Y así fue llorado, hasta que llegó a la puerta de la sastrería, y el cuñado, al ver al menesteroso, salió a darle una limosna.

Entonces el Viejo le dice:

—¡Abraham! ¿No me conoces?

La voz lo devolvió a la tierra, y se abrazaron y lloraron.

Cuando Rosa queda sola, como ahora, la visita algún vecino. Pero igual está sola. Entonces va hasta el dormitorio, abre la puertita de la mesa de luz y se sienta en la cama. Extrae un montoncito de ropa pulcra, limpia, ordenada. De lana, las más de colores. Recuerdo una prenda azul, un buzo azul. Coloca todas las prendas en la falda. Y ahí comienza a acariciarlas, una por una.

Mientras tanto, no deja de preguntarse si todo lo que había que llevar estaba en la chismosa. ¿Y los zapatos? Muy lindos, los zapatos.

Rosa iba poco a la visita. Los años, la vida. Quién sabe qué. La espera, horas. El viaje, horas. La visita, minutos. No entendía muy bien dónde estaba, dónde estaba uno. Y sus palabras eran casi domiciliarias. "¿Comiste? Estás flaco. Tenés que comer. ¿Y qué hacés todo el día? ¿Mirás tele?".

Ahora a su otro hijo lo tiene en la falda. Toda la ternura está en la palma de sus manos, que se deslizan sobre otro buzo, el gris, que tejió ella.

A León lo crio Rosa, en un paisaje que no conozco.

Mi hermano tendría 3 o 4 años en un pueblito con una plaza al centro, rodeado de pequeños comercios con algún toldito, la iglesia, vecinos. Belzitse. Próximo a Lublin.

Cuando el hambre de la posguerra los fue cercando, el Viejo, armado de dedal y aguja, partió en busca de trabajo, paz, quimeras. Cruzó Europa, embarcó.

Rosa, con León en brazos, lo vio disolverse junto al tren. Aguardando el momento que, años después, los condujera al reencuentro, quedó con sus padres, primos, hermanas. Trabajando.

Por esos días salía con sus hermanas, por la noche, a revisar, ocultas, las tierras ya cosechadas, buscando las papas que se les hubieran salteado a los recolectores.

Al hijo de aquellos días acariciaba Rosa, en la pulcra y tibia textura de la ropa, ropa que dejó León cuando se fue del todo, desde la casa de inquilinato en el barrio Palermo de Montevideo. Tenía catorce años.

Cada vez que los recuerdos venían en marea alta, el Viejo se iba hasta el jaulón. Dejaba la pieza del taller donde manejaba una plancha como para muscular, y la tijera profesional, a punto, enorme, filo perfecto.

El jaulón estaba a cuatro pasos, saliendo del taller, entrando en el patio y en el rincón más soleado, bajo el techo de una claraboya fija. El jaulón revoloteado por casales de canarios, algún jilguero, algún dorado.

Para mantenerle el piso limpio, el Viejo, de mañanita, les cambiaba la hoja de diario por una limpia. Ahí el pajarerío le piaba, exaltado, esperando lo que vendría.

Y venía el cambio de agua, la ración de alpiste, y como quien instala una flor en el hojal ajustaba, entre las mallas del tejido, un par de hojas de lechuga, frescas, enjuagadas, ideales sobre todo para la parturienta, la canarita, que había puesto dos huevos y empollaba.

Aquello era un comadrerío de cantos y revoloteos, y el Viejo sentía que la marea, finalmente, se llenaba de vida.

El Viejo y Rosa estaban juramentados en un secreto.

Un secreto que entraba a disolverse en los días del tren.

Y era que el hijo, el último hijo, el único hijo, no iba a recibir jamás el baúl de los dolores que ellos transportaban.

Entonces no supe, o muy poco, qué decían las cartas que llegaban, los cuchicheos en yiddish, rápidos, afligidos, que al acostarse murmuraban.

Ya habían dejado de recibirse las buenas cartas que se leían ante el puchero de gallina, que contaban de noviazgos, de los litros que da la vaca, de una fiesta.

Las que llegaron después de esos días el Viejo solo se las leía a Rosa.

El resto era silencio.

El jaulón quedó enredado en el ventanal. Formaba parte del territorio por donde se podía transitar con las miserias, esas que te rondan y te asaltan en cualquier momento, en todo momento.

La pieza donde estaba instalado con su taller el Viejo tenía balcón a la calle. Corría al alba las persianas y el tronco esbelto de un plátano se afincaba, todos los días, desde la vereda. En su tronco martilló un clavito, donde colgaba a Vincha Brava, que alborotaba de cantos la jaula en cuanto lo sacaba.

La mesa profesional ocupaba casi media pieza. La cubrían planchas, telas, sacos y tijeras. Bajo la mesa, un cajón que fue en un tiempo envase de exportación de maquinaria y los retazos de todas las telas que fueron intervenidas sobre la mesa. Casi hasta el borde.

Y ese lugar fue dormitorio por elección del Zapi, un cuzquito callejero, que lo trepaba para disfrutar allí de su siesta y de la nocturnidad.

El Viejo estaba rodeado. Si abría la doble puerta del cuarto, tenía el espléndido territorio del patio de las cuarenta cretonas de Rosa, y el voluminoso jaulón que un día le regaló doña Celina de Cantonet, en retribución por la vigilancia que el Viejo hacía de su domicilio, cruzando la calle, puro terreno y una casita al fondo, descuidado todo, con un níspero abichado al frente.

Para todos, por aquellos días, doña Celina, de abundante cabellera tinturada en rubio y una vista un tanto ladeada, era, para el barrio, mágica.

Podía leer las cartas, las manos. Podía sanar con la palabra, y solo le bastaba una prenda para zurcir una pareja.

Era muy visitada. Y obsequiada. Quienes venían algo traían. Así fue acumulando algún reloj pulsera, estatuillas de no sé qué, adornos. Y hasta un jaulón grande, con el que benefició al Viejo, que custodiaba su casa desde el balcón, cada tanto.

Porque cada tanto doña Celina era conducida. Tal vez acusada por rencor porque una prenda interior, que debía propiciar un amor, ni ahí resultaba.

Un día nos sacaron a todos afuera. A un lugar grande, vacío. No sabíamos qué iba a suceder.

Le pidieron al jefe Rabbi que se pusiera al frente, y lo hizo.

Flaco, alto, un buen hombre con una barba blanca.

Pusieron un tallit sobre él.

Y empezaron a ridiculizarlo cortándole la barba.

No solo su pelo. También tiras de su piel.

No lloró. No gritó. Pero levantó sus brazos y exclamó:

—¡Dios! ¿Dónde estás?

A24737

El tren enlentece.

Luego de sortear una curva, llega al terraplén de una estación. Pueblo chico, al paso.

Algún pasajero que aguarda. Lleva un par de gallinas.

La mujer. Atrás, otra.

Las neuronas que registran los acontecimientos exteriores se alteran. No saben dónde está el mundo exterior, pero el interior asocia, y se dispara hacia otras planchadas de estacionamiento.

El Viejo, entre las propuestas que lo inundan, se detiene en una. Una que venía en una carta de Channa, su hermana mayor. “Nos van a llevar en tren”, decía, en la última línea de la última carta que recibió desde Lublin.

En la misiva se contaba que habían llegado los alemanes, que les habían cerrado la sastrería y que a Abraham, su esposo, cuñado del Viejo, la Gestapo lo había llevado para que confeccionara ropa para ellos.

Entonces el Viejo recordó la foto, esa que trajo consigo y cuelga en el taller. Es de aquella sastrería donde le dieron una limosna cuando reapareció del frente de la primera guerra, la resurrección, cuando lo habían dado por muerto, y llegó sucio y famélico.

El que está de pie en la foto, con el centímetro de cortador colgado al cuello, es el cuñado. En las paredes se ven figurines de época. Junto a la gran mesa, el personal inclinado sobre la Singer. Y el Viejo en primer plano, picando solapas o cosiendo en una chaqueta. Está encuadrada.

Años después, tiempo después, alguien que se verá señalará con el índice ante una cámara, dando el nombre de los doce que estaban en el taller, y un segundo apellido para casi todos: “No sobrevivió”. Y deteniéndose en el Viejo: “Un tío que vive en Montevideo, Uruguay. Pero no sé si vive”.

Era una buena pregunta.

De pronto vos pensás, Viejo, que uno teclea de afuera. Que cierra una página, manipula el rodillo de la Olivetti y a otra cosa. Pero no. Escribo, te escribo. Y siento que lo que voy siendo no es la suma de lo vivido.

Porque andás vos por ahí, con todo lo que fuiste y sos, que eso me lo dijiste en una carta que no escribiste, y alguna vez me lo dijiste en nuestra mesa familiar, que no era más que la de la cocina y tres sillas. Éramos vos, mamá, yo y por ahí, el Zapi. Que por aquellos días las sillas eran cuatro. Éramos, como quien dice, una mesa grande.

A vos cada tanto te llegaba un sobrecito azul, que tenía tu nombre y casa: Gonzalo Ramírez 1395. Esa carta formaba parte de la familia, la de acá. Los domingos leías las cartas, y a mí me tenían que explicar, porque eran en yiddish, y uno ni ahí.

Te recuerdo en esos días, pero por la noche, con un tintero y una lapicera con pluma cucharita, en la cocina, escribiendo en un papel finito mientras se te enfriaba el té con limón.

Hasta que el tintero dejó de servir, a partir de los días en que Falucho, el cartero, pasaba de largo y decía: “No hay nada, don Isaac”.

El tiempo estacionó en ese andén. Sin apuro. Sin tiempo.

Entonces aparecieron las cartas que no fueron escritas, donde alguien que ya no era decía lo que decías vos, como hablando otro, y decían lo que vos decías:

“Estas cartas nunca te van a llegar, Isaac. O te van a llegar cuando ya no estemos, y entonces será para nosotros una forma de estar.

»Tal vez estas cartas las escriban otros. Que Moishe sepa que también son nuestras, para que sepa qué fue de sus tíos, sus primos, sus abuelos. Queremos formar parte de su memoria, Isaac.

»Cada uno de nosotros es cada uno y todos los demás. También Moishe. Moishe es él y todos los demás. Moishe es su gato y sus padres. Es su hermano que va a morir y su amigo Fito. Moishe es también todos nosotros.

Así son las cosas”.

Eso, Viejo. Y algo más. Tengo una prima. Tu sobrina: Zofia, A24737.

Y cuando el tren entra a traquetear, como calentando las patas, al Viejo le vuelan enjambres de cortometrajes y por ahí ancla en uno, por aquello de “yo estuve aquí una vez”, y va hacia Paso de los Toros, donde ya estuvo hace años, porque hace años que viene siguiendo los rastros del hijo, que ancla cada tanto de cuartel en cuartel. Y esta vuelta está donde ya estuvo, que son los mismos tres a poco de empezar el periplo. Que no sabía si respiraba o no, si aún habitaba la superficie. Y por ahí se logró que lo viera, y fue la vez, la primera que lo vio. Y también la primera en que no fue reconocido.

Había una mesa chica, como de cocina. Dos sillas. Frente a frente. Un oficial en posición de descanso, alerta, parado detrás del respaldo de la segunda silla, como para vernos de arriba y no perder palabra.

Sentados, lo que se dice sentados, estaban los perros. Los soldados del plantel los tenían a rienda corta, atentos los unos a los otros. Más atrás, tropa: tres, cuatro, con las piernas separadas, botas de caballería y, sobre el pecho, la carabina en diagonal.

La puerta por la que me introdujeron estaba sellada del lado de adentro con dos milicos con bayoneta calada. Secos. Menos los perros, que jadeaban, todos secos.

Esta geografía la registré cuando subieron el telón de lona.

Pestañándole a la luz, y como de la luz, apareció el Viejo. Tenía el sombrero en las manos y a sus lados dos custodias.

Sonreí en mis profundidades al pensar que toda esta parafernalia se había montado cuidadosamente para evitar una asonada que tenía como capitanes a mis restos y a los años del Viejo.

Aún veo su cara. Su sonrisa. Sabía mi nombre. Yo era pequeña. Y me dijo: "Amor, vamos a jugar un poco". ¿Qué sabía yo de jugar un poco? Me agarró de la mano, empezó a tocarme por todo el cuerpo, no podía gritar porque me puso una cinta en la boca, me puso una cuerda en el cuello, me dijo que caminara en cuatro patas, y me ahorcaba con la cuerda. No podía decir nada. No recuerdo si lloré… Recuerdo que él se reía, histéricamente.

Se fue, se llevó la cuerda.

Me quité la cinta de la boca.

Él me desnudó.

Me vestí y caminé fuera de ahí. Y me quedé en silencio.

A24737

Esta historia es tuya, Viejo. La contás vos, la recordás vos. Estás en mí. Tecleo yo. Escribo lo que pensás, sentís, escribo tu memoria. De pronto hasta la firmo. Pero el que la dicta sos vos. Porque he vuelto a la hoja por tu mandato, acomodando en estos días un estante. No se mueve la hoja de un árbol si en el aire no hay una voluntad. Acá hay un mandato, y no es la primera vez. Uno no cree, puede no creer, pero como aprendí en el boliche, "algo hay".

Entre los libros del estante que iban a peregrinar a otro alojamiento, cayó, sobre el escritorio, uno de tapas negras totales, gastado todo, viejo. Tenía un título en yiddish, y adentro una dedicatoria que te hacían, en la misma lengua, toda una carilla, de la que pude solo desentrañar algunas fechas que incluí en el texto: "8.5.41", "14.4.45".

El libro quedó agazapado entre los míos. Los tuyos te los llevaste al asilo, con mamá y sin la Singer, que no estabas autorizado a tener, porque el nuevo espacio no daba. Los que llevaste fueron a la biblioteca común del Hogar.

Y este que saltó sobre mi escritorio fue como si cayera un mandato. No moví ni una sola hoja sin la voluntad del mandato que andaba en el aire.

No lo dejaste por olvido. No. Fue un envío.

No tiene más texto que frases, una por vez, al pie de cada foto. Las fotos que te deben haber atormentado hasta hoy, que están ahí, aquí, en todo, son una cronología de la trayectoria de las gentes, tus gentes, las mías, de un pueblito. El *shtetl*. Belzitse. Tal vez. Sin duda.

Y cuentan las imágenes, desde el primer día, que llegaron los imparables alemanes, e iban "progresando" —es un decir— hasta amontonar los esqueletos de los del pueblito, muchos en fosas, otros vivos.

Vivos. Todos vivos, Viejo.

—Andá, andá. Vos llevá que yo cuido. Andá.

Rosa se lo decía al Viejo mientras abría la puerta cancel para que saliera, llevando en brazos el latón, el legendario latón de lavar la ropa, a tabla y barra de jabón, y que supo ser bañera de familia, primero para León y para mí —yo antes—, para luego recambiar las aguas para ellos, mientras dos Primus hacían roncar el fuego para calentar las ollas con agua, en la pieza que teníamos en la casa de inquilinato.

El Viejo buscó, entre sus pensamientos, un patio. Después de colgar la ropa en la azotea —Rosa no podía subir las escaleras—, y una vez que la ropa estaba tendida sobre los alambres —dice un amigo—, saluda al ausente, prolonga el adiós. Y luego, "dicen que se fue, dicen que está acá, dicen que está muerto, dicen que volverá".

El Viejo arrancó por Garibaldi, latón al hombro, rumbo a la hojalatería de Darío. El latón perdía.

Darío ocupaba el zaguán de su casa con un mostrador abarrotado de sartenes, ollas, calderas en reparación. Al fondo, la casa, la casa con patio. Y en el patio, gargantillos, mixtos, canarios. Tenía el Viejo con el hojalatero conversación propia, con gusto en común, y cada cual contaba de su canarerío, y cuál empollaba y el que cantaba mejor. Cada tanto armaban un matrimonio y una canaria amarillo pleno cruzaba con la canaria de *primo canto*.

Lo del latón que perdía venía después. Los lavados y baños desgastaron el fondo, y por aquellos tiempos no se tiraba una sartén mientras hubiera hojalatero en el barrio.

Así zafaba el Viejo sus recuerdos contra la ventanilla del vagón, proyectando instantáneas. El viaje era largo y había que distraerse de las ganas de mear.

Golpearon unas gotitas otoñales contra el vidrio. “Se viene el agua”, pensó. Y casi se pone a contar las lágrimas que pegaban en la ventana, como lo hizo con León, hace mucho tiempo.

Se reían. A León le gustaba el padre que conoció, del que le habían hablado tanto.

El juego consistía en numerar las gotas; Isaac, en yiddish, el rusito en polaco y alguna en español.

Era casi una clase de matemáticas y un ejercicio de traducción. Hasta que entró a llover, y entonces cantaron. Por eso Rosa, que tenía a Moishe en sus brazos, protestó:

—¡Lo van a despertar!

Iban de Florida rumbo a Montevideo. Había surgido un trabajo, con dos piezas en una casa de inquilinato y un adelanto —que estaban usando— para los pasajes. Progresaban.

Isaac sintió un pinchacito, y corrió la chismosa de las reinetas que llevaba entre las piernas, y la puso a un costado. Juntó los muslos para contener un chorrito.

Miró hacia la puerta del vagón, ya que en cualquier momento el inspector de la gorra con visera la iba a abrir alertando “¡Boletos, pases y abonos!”, y a él le iba a pedir si le podía cuidar el equipaje mientras iba “un momentito” al baño.

A medio camino, el Viejo entró a extrañar las conversaciones murmuradas, el tono bajito, la mirada vigilante, de dos compañeras de periplo. Venían haciendo, como él, la peregrinación de cada tantos días para poder ver a sus hijos.

Le estaban faltando doña Lucy, madre del Pepe, y la hermana del Ñato. El vagón era de lo más amigable para cruzarse novedades: “Que viene la Cruz Roja…”, “Que los mandan a la isla de Flores…”, “¡Ay!, si por lo menos volvieran al penal”.

Entre los tres cubrían cuatro asientos. Estaban de frente. Un asiento para las chismosas, el mismo surtido autorizado. Los tres inclinaban la cabeza hacia adelante, “que no los fueran a oír”, “uno nunca sabe”.

Y ahí surgían nombres de abogados que no tenían autorización para

ver a sus hijos, y se hablaba de un comité, y que en la iglesia de Tierra Santa se reunían en secreto.

—Yo solo pido que les entreguen la fruta que llevamos —dijo la madre del Pepe.

—Dios quiera —se persignó la hermana del Ñato.

Y el Viejo pensó: “Estamos con miedo”.

Les hubiera contado que llevaba un par de zapatos nuevos, negros, en punta, de cuero. También ellas tuvieron que lidiar por un cambio de alpargatas o championes o lo que fuera, cuando en alguna visita le vieron los pies al hijo.

Él, el Viejo, hoy, le llevaba zapatos, que le llegaron así:

Unas semanas atrás le comentó al Negro Varela, que le había preguntado por el hijo, "que andaba mal de zapatos".

El Negro tenía una carretilla destartalada, con la que hacía mandados en el barrio, eran fletes, un *delivery* en carretilla. De eso vivía. Él desparramó en el vecindario que se necesitaba un par de tarros para el hijo.

Y al primero que se lo dijo, ¡bingo!: Garabed, el armenio, zapatero del barrio.

Atendía en un garaje viejo por Estero Bellaco y Humaitá, chico, descascarado. Pero le daba bien para su banqueta y su pupitre, que oficiaba de mesa de trabajo. Era un pupitre, mismo, con agujero para tintero, que obtuvo cuando en la vieja escuela renovaron el mobiliario porque estaba en las últimas.

En la pared tenía la fotografía en color que adornaba lo que alguna vez fue almanaque: el monte Ararat, que señalaba ufano a los clientes recordándoles "que allí encallamos con el Arca de Noé". Sin más comentario, orgulloso.

Los zapatos se los entregó a Varela, que se los llevó en "el Chevrolé" a Rosa. El Negro le llamaba "Chevrolé" a la carretilla.

Y supo que estaban sin uso, y que habían sido de Belarmino, que era capitalista clandestino de carreras, que los había comprado en Lumaconi, de lo más finos, cansado de tanta media suela y taco; pero que el destino quiso que se fuera de un infarto causado por la cotización de unos boletos mal amañados.

La viuda, muy gente, repartió el vestuario del marido, y a Garabed le donó los Lumaconi: "Usted sabrá darles uso. Dios lo bendiga".

Los zapatos se los aceptaron en el cuartel, y resultaron, por esas cosas del destino, del mismo talle que el del oficial de guardia.

La fruta le calzó al sargento.

Una vuelta le pregunté al Viejo por sus días de soldado.

—¡Para qué! —me respondió—. Había servicio militar obligatorio, me llamaron. Para el frente. Tenía la edad. Menos de veinte. Eran los tiempos de la primera guerra y un frente territorial que se armó en la frontera ruso-polaca. Feo. Muy feo.

Pasaban hambre. En la trinchera les daban una ración de pan y una lata de no sé qué, "como carne".

Recuerda la vez que una rata les robó el pan, la capturaron, recuperaron el pan, asaron la rata.

—Había soldados que ponían un dedo en la boca del fusil. Querían volver. Se herían. Cuando todo terminó estábamos en el frente, en las trincheras. Nos dijeron: "Terminó. Pueden volver". Yo no sabía dónde estaba, pero estaba lejos. Pregunté hacia dónde quedaba Lublin. "Hacia allá", dijeron señalando. Y con la ración del día comencé a caminar, con otros, pero nos íbamos separando. Muchos días.

»Cuando llegué fui a la sastrería. Me vieron como a un mendigo. Me dieron un esloti. Les tuve que contar quién era. "¡Soy yo, Isaac, soy yo!".

»Así es la guerra.

—Siéntese —ordenó a mi padre el teniente del respaldo—. Tiene diez minutos.

El Viejo se mantenía de pie, el sombrero gris sostenido por el ala con las dos manos.

Su mirada celeste, sólida, escruta los rostros, rueda sobre el mío.

—¿Dónde está mi hijo?

—Siéntese —ordenó el del respaldo—. Ahí está.

Y me señaló con un gesto.

El Viejo se fue sentando lentamente. Me venía recorriendo, algo distante.

—Yo vine a ver a mi hijo. Ese no es mi hijo.

—Tiene diez minutos y ya van dos —dijo el del respaldo.

—No es mi hijo —respondió el Viejo, ya sentado.

Entonces le murmuré como entre él y yo:

—Soy yo, Viejo. Viejo: yo.

A partir de entonces, los diez minutos de la visita, incluidos los descuentos, los dediqué a contarme, contarme yo, contar de él, contarle a él, de mamá, de la casa, todo, la familia, todo, los canarios, las cretonas. Diez minutos para intentar que el Viejo me reconociera.

—Yo, Viejo, ¡soy yo!

—El sombrero en el piso —ordenó el teniente.

Los alemanes tomaron el control del área. Eran de la Gestapo. Vivíamos en barracas: pusieron unas barracas y las familias elegidas para trabajar para la Gestapo eran traídas del ghetto. Había 20 prisioneros de guerra con nosotros en ese lugar. Era invierno. Usaban ropa hecha de papel, como con diarios. Los soldados eran de todas partes, no solo de Lublin. Eran de Varsovia, Katowice, de todas partes. Soldados judíos de Polonia, de todas partes. Un día no los vimos más. Desaparecieron.

Mi hermana pequeña se enfermó. Vivíamos en la mugre, sin duchas ni baños. Se llamaba Genya, tenía 11 años.

Murió en brazos de mi madre.

A24737

Con el viejo entramos a tener una sintonía como nunca. Éramos capaces de comunicarnos no estando, seguir conversando sin vernos.

Nos veíamos cada tanto. “Cada tanto” podían ser meses. Y la visita, diez minutos, quince. Él conocía el tono oscuro de mi capucha, que alzaban cuando el Viejo estaba sentado frente a mí, reja por medio. En Paso de los Toros, dos rejas. Junto al escusado.

Temas prohibidos, palabras no autorizadas, un oficial de pie, registrando.

El Viejo llegaba con sus recuerdos, evocaciones, sueños apagados, cansancio. Y uno ahí, “¿qué hacés Viejo?”.

Y entramos a deshilvanar (el Viejo era sastre) frases: ¿cómo anda mamá?, ¿los canarios?, ¿el barrio?

Ya está sentado, esperando la rutina de ver alzar el telón, y emerger de la bolsa de tela impermeable que se usaba para el traslado de municiones, el rostro del hijo.

Luego, desprenderse del sombrero gris, que le aportaba calma haciéndolo girar en redondo con sus dedos.

—El sombrero en el piso.

—Rosa bien, hizo bizcochitos de miel.

Luego de una pausa:

—Te mandan saludos todos.

No nombraba a nadie, por cuidadoso. Y “todos” eran los vecinos y alguno más, compartimentado. Entonces uno largaba, siempre, el mismo tema:

—Contame del pueblito, Viejo.

Era una clave para colocar el dial en otra emisora. Entonces entraba a contarme su vida, hasta olvidarse dónde estaba y con quién, con uno, con el que nunca conversaba mano a mano en la mesa de tres y reclamaba “nunca cuentas nada, ¿por qué no hablas?”. Y cuando mamá levantaba la mesa volvía a su taller murmurando “así son las cosas”.

Pero acá tenía la palabra para contarme lo que siempre quiso, todo, de todo, un capítulo cada tanto, y el de hoy era del pueblito; no del

shtetl polaco, no. De Florida, de donde vengo.

Y ahí entro a conocer su vida.

Cruzó el mar desde Génova, ancló en Porto Alegre, no le gustó porque llovía. El Comité de Emigraciones que lo trajo le consiguió otro destino, incluía trabajo.

Volvió a embarcar y bajó en el muelle de Montevideo.

Allí lo estaban esperando. Cargaron su maleta y marchó a Florida: Sastrería Sica. El Viejo era oficial de medida, y en tiempos que no existía la confección, oficio muy estimado.

Me contó que una vuelta, un sábado, que la jornada terminaba al mediodía, y antes que llegara la hora, la media docena de compañeros de trabajo entraron a mandar la vuelta, y cuando le tocó al Viejo, "alto ahí", dijo uno, "el Rusito está juntando para traer a la mujer y al hijo, ya tendrá tiempo de mandarla".

Hasta ahí todo bien. Pero la historia trajo al hijo, el otro, el que se fue.

Quedó mirando hacia abajo, solo con él, y entonces se murmuró:

—Nunca pensé que mi vejez iba a ser así.

Vos viajabas con una nube, Viejo, tenías bruma. Se fue formando con el último goteo de la correspondencia con la familia. Se hizo un charquito en el alma, que se fue evaporando en niebla. No gotearon más cartas. Y las que habían llegado —"¡Carta, don Isaac!"— se las murmurabas en yiddish a Rosa, en la almohada. "Mejor que él no sepa, no tiene que sufrir".

Pero algo fui sabiendo, tanto, que escribí las cartas que nunca se escribieron, y te llegaron, Viejo, y nunca lo supiste.

Alguna que otra vez, en la visita, te evadías y soltabas, muy bajito, hilachas brumosas.

Como aquella vez que te pregunté por el pueblito y la mirada se te fue para el piso y los tiempos fueron lo que contabas. Quedé por fuera, atrapado por el relato.

—Estaban buscando niños para sacarles sangre. Se necesitaba sangre para los soldados del frente y otros soldados recorrían las calles. Era tropa ucraniana de las SS, sin más armas que los mangos de las hachas. Llamaban, gritaban que se necesitaban niños, que si los ocultaban pagarían las consecuencias. Entonces la calle empedrada los condujo a casa de mamá —la mamá de mi Viejo—, que custodiaba a dos nietos, su sangre, tu sangre, porque sabían que iban a extraer hasta la última gota para no perder el tiempo. Y cuando llegaron a casa —a la casa del Viejo en el *shtetl*—, irrumpieron.

La abuela se inclinó sobre la Singer y entró a coser frenéticamente. Las faldas largas acampanadas llegaban al piso, cubrían el pedal.

—Aquí no hay nadie —les dijo.

Y un sobrinito no pudo contener el sollozo.

Dejó la plancha y volvió a salir al patio. Estaba inquieto. “Se mueve mucho”, pensó.

La canarita está inquieta. Se paraba en el borde del nido, movía la cabecita, y vuelta a saltar al palito.

Tal vez el huevo emitía algún sonido, un “pío” solo audible o intuido por la madre.

Los otros pajaritos seguían en lo suyo, pero le dio la sensación a Isaac de que guardaban distancia. Había respeto.

De pronto se produjo. Observó bien, y una ranurita entró a rajar el huevo, presionado en su interior por alguien que demandaba aire. La doradita no intervenía. Y en eso asomó algo, desnudo, denodado por salir de una cáscara que iba cediendo.

Fue entonces que Isaac llamó:

—¡Rosa!

Y Rosa vino, y miraron la vida en el nido. Era la ventanita de sol que el Viejo atrapaba en su memoria, con la chismosa y rumbo al cuartel.

Un día nos sacaron a todos. Sin nada.

Hacía frío, sentíamos hambre. Éramos un centenar.

Caminamos 3 o 4 días a través de los bosques.

Había muchas madres con bebés y se los quitaron.

Los tomaron de sus pequeños pies y reventaron sus cabezas contra los árboles. Pude verlo. La sangre, los gritos.

Llovía a cántaros.

Muchos morían durante la noche. Se mataban. No querían pasar por lo que íbamos a pasar nosotros.

Llegamos el cuarto día a un granero enorme. Lleno de heno. El olor era muy agradable.

Separaron a hombres de mujeres.

Y nos llevaron a Auschwitz.

A24737

Mucho después de aquellos tiempos de nuestros encuentros en cuarteles, Viejo, escribí las cartas que tendrían que haberte escrito. Que nunca lo hicieron: el tiempo no les dio tiempo.

Pero ocurre, sin que uno sepa de dónde y cómo, que uno siente que quien tiene algo por qué vivir es capaz de soportar "cómo". Siempre hay un roto para un descosido. La sentencia proverbial del "ya no espero nada de la vida" te vuelve a la oscuridad, pero la llamita temblorosa de una vela va y te dice que en una de esas la vida espera algo de vos.

Cuando ya no estabas, Viejo, te escribí las cartas. Fui creando o recreando familiares remitentes y hoy me pregunto si realmente las escribí o me fueron inducidas.

Te cuento lo que cuentan un par de cartas. Y luego un fragmento, para que entiendas, porque yo no alcanzo, un fragmento que cuenta A24737. Cuenta el primer día que pisa el andén de Auschwitz, donde le inscribieron en el brazo en fuego azul el número que la designa. Ella dejó un testimonio que tengo sobre la mesa. Ella, Viejo, es Zofia. Zofia, papá.

Hija de tu hermana, hija de Abraham, el cortador, tu cuñado. Ella es Rozenkopf, Viejo.

Zofia. Mi prima.

Acá se entra por un portón de hierro forjado, donde se lee, también forjado: "El trabajo te hace libre". Ruth —cuándo no— nos comenta: "Dios me libre del trabajo", y casi casi nos reímos, pero no se puede, así que miramos y le murmuro: "¿No ves que estamos en fila?".

No lo podrás creer, Isaac, pero nos reciben con música: están sobre un tablado y otra vez Ruth, la de siempre, pero muy seria: "Los trajes no son muy elegantes, pero la música suena bien".

Hacia dondequiera que miremos, vemos alambrados. A mamá la han subido a un camión y se le ha caído su sombrerito de paño. Pobre mamá.

¿Sabes algo de Irene? ¿Y de Samuel?

Acá se ven muchachas en harapos, sucias, con los vestidos descuidados, deshechos y todas rapadas. Están como idas, locas tal vez.

Parecen como jugar a algo, como a la ronda o la rueda rueda.

Vienen a contarnos. Con ellos, una hermosa rubia de uniforme, Grete. Se llama Grete y tiene dientes perfectos.

Nos componemos lo mejor posible, bien erguidas. Estamos inquietas. Grete saca de las filas a algunas chicas y las hace parar aparte. Han sido separadas, ¿entiendes?, separadas por su delgadez y tristeza: y yo estoy muy flaca, Isaac, y tengo miedo.

Nos ordenan, a todas las demás, que tenemos que rodearlas para que no se escapen. Si alguna logra fugarse, irá todo el bloque y tengo miedo.

Entonces hacemos una ronda, tomadas de la mano, caminando hacia uno y otro lado.

Y estamos como idas, locas tal vez, en harapos, sucias, con los vestidos descuidados, deshechos, y todas rapadas, en esta danza de la que escapo, y me fugo hacia la placita de nuestra calle, donde tomadas de la mano con Irene y Sara y todas las chicas reíamos y reíamos sin saber de qué, hasta que fatigadas de risa, se detenía la rueda rueda, como ahora, porque las vienen a llevar.

Y tengo miedo.

Nos pusieron en las cajas de esas camionetas y cerraron las puertas.

No sé cuántos días o noches fuimos y fuimos. Sin comida ni agua, estábamos apretadas como ganado.

Hasta que llegamos a Auschwitz y abrieron las puertas. Gente que no sabía que había muerto se caía del vehículo. Los que sobrevivieron fueron llevados a otro lado.

Hicimos adiós a quienes podíamos ver y caminamos hacia Auschwitz.

Éramos varias mujeres. Yo era una niña de Lublin.

Dijimos que todo lo que pasaba a una les pasaba a todas.

La primera vez que hicieron la selección, no sabíamos de qué lado era qué.

Tomaron a mi madre, la miraron.

El Dr. Mengele apuntó con una cinta de medir y dijo:

—Tú vas para allá.

Zofia

Hagas lo que hagas, alguien te mira. Cuando te mira desde adentro, guambia. No se le escapa nada. Por lo general, registra. Registra y guarda. Pero alguna vez te alerta, dice algo, te discute.

Es como si anduvieras siempre con un testigo.

Y viene de los tiempos en que no tenés memoria. Es una construcción ancestral, que identificás —y son tus primeras referencias — cuando de niño ibas a cruzar la calle, y te suponías solo, y sin que tuvieras a nadie a mano o de la mano, oías, sin sonido, la voz que te alertaba: "¡Cruzá ahora, ahora que no viene nadie!". La misma voz que más de una vez, y hasta hoy, te dice: "Eso no se hace".

Esa voz maternal que en una visita, agobiada por los días, te preguntó:

—¿Y dónde vives?

—En un altillo, mamá —sonrío y agrego—: Sin escalera — bromeando. Pero mamá, no:

—¿Tenés puerta?

Todo a su tiempo. Pudo mear, vuelve a su asiento, mejora el ánimo, agradece al inspector, saluda al señor de las gallinas.

Mueve imperceptiblemente los labios. Y murmura, tararea sin sonidos. Una canción de Jevel Katz que reiteraban en La Hora Polaco-Israelita, por CX 42, "¡Ojo! ¡Oh, mucho ojo!".

Cerró los labios con una leve sonrisa, que era constante en su conformación facial. Vos lo mirabas y el Viejo siempre andaba bien.

Y más ahora, que dejó la radio y se pasó a las batarazas que viajaban dos filas más adelante. Las gallinas lo llevaron a Florida. Era una casita con fondo abundante, con una estructura de chapa bien atrás: el escusado. Por aquellos días la calle se llamaba, pomposamente, Camino Real.

Allí recibió a Rosa, que tenía 27 años, y León, con cinco. Rosa tomó posesión de la cocina. En el fondo plantó cebollines, protegió al limonero y crio gallinas.

La sastrería estaba a dos cuadras y León fue pupilo del almacenero que le enseñaba: "Esto es azúcar; a ver, repetí". "Y esto yerba. Dale, Rusito. Yerba".

Vuelve a enlentecer el tren su marcha, hasta quedar frente a las oficinas del ferrocarril. Bajan algunos, suben otros pocos. Entre ellos un hombre de traje desgastado, pelo en melena, uña del meñique crecido, y la guitarra. La transporta con delicadeza. Es el último en subir. Espera a que asome el guarda por la escalera, esperando un gesto de autorización antes de subir. Se conocen de tantas. Ya están los dos adentro, y el tren carraspea su salida.

Desaparece el cantor en los otros vagones, y allá a las cansadas llega al del Viejo, desnutrido de gente: una parejita que por el cuidado de su ropa viene de hacer trámites o algo así; la señora robusta de vestido floreado y un bolso en la falda.

El cantor mira al Viejo, que no lo mira. Y comienza la actuación.

—Amable público: buenas tardes. Voy a interpretar para todos ustedes y con vuestro permiso una bonita canción criolla, titulada "Amanece".

Inclina la cabeza sobre el pecho, ajusta el clavijero, deja su cara cubierta por la melena cana, los acordes brotan del encordado con voluntad en las manos y la voz aguardentosa canta:

Ya asoma en el horizonte
la luz de la madrugada…
Ya cantan en la enramada
los pájaros soñadores…

El Viejo había entrado a prestar atención. Y mientras el cantor agradecía el silencio, él sostenía el gacho gris bocarriba y buscaba unas monedas en el bolsillo.

Cuando el cantor llegó a su asiento, se inclinó, se encasquetó el borsalino, y cerrando su mano sobre la del Viejo sin tomar la moneda, lo miró a los ojos y murmuró:

—¡Fuerza!

En la memoria del Viejo se movió una perilla.

Se prendió la radio.

Tenía tres perillas. Encendido, que es la que se accionó, la del centro que manejaba el dial, y otra, de onda corta.

El Viejo había quedado con memorias musicales, y al mediodía accionaba una estructura asentada en un rincón de su mesa de sastre, contra la pared. La misma hora, el mismo dial, y ahí comenzaba por CX 42 La Hora Polaco-Israelita, y sin mover los labios, planchando, tarareaba a Jevel Katz en "¡Ojo! ¡Oh, mucho ojo!".

Planchar así era un gusto.

Y el Zapi arrellanado bajo la mesa en el cajón de los retazos.

Sonrió al ventanal y vio plátanos otoñales y más allá, campo. Alguna vaca. Un campo del pueblo.

Y continuó la música, que identificó al primer acorde y el atisbo de sonrisa volvía a su sitio. Estaban cantando *"Es brent"*. *"Shtetl brent"*. El pueblito arde.

Arde.
Nuestro pueblito arde.
Soplan vientos furiosos.
Rompiendo, quemando, esparciendo.
Te paras y miras,
mientras nuestro
pueblo arde.
Te paras y miras.

La canción le provocaba tristeza, rabia. Era la destrucción de su casa, los cultivos, ardían los gritos. Tiempos de pogromos. Tiempos de nazismo.

Shtetl brent.

"Y tú te paras, miras".

El Viejo hizo un gesto.

Primero nos desnudaron. Luego nos sumergieron en no sé qué, pero estaba hirviendo. Y nos dieron un solo vestido. Nada debajo. Absolutamente nada.

En las barracas había búnkeres cubiertos con mantas tipo militares, verdes. Nosotras teníamos paja para recostarnos. No dormíamos adentro. Siempre afuera, lloviera o nevara. No importaba qué. Los escusados eran una gran barraca. De inicio a fin, un bloque de cemento con agujeros. Así usábamos el baño. Sin papel ni nada, así que rompía mi vestido para usarlo. Me bañaba con arena. Solo arena para sacarme la mugre.

Una oficial de la Gestapo, que era mujer, dijo —señalando el humo de la chimenea del crematorio— que si volvía a verme haciendo lo que hacía, "tu mugre saldrá por allí".

Zofia

El Viejo estuvo a punto de mover el dial en la radio de su memoria. No es que quisiera dejar de seguir escuchando su audición. Quería dejar de estar parado en la esquina y contemplando el fuego. *"Es brent"* terminaba recriminando sin decirlo, puteando de alguna manera al que se quedaba ahí, quieto, solo anonadado por el incendio.

Fue entonces que, marcando el compás, golpeando la suela contra el piso del tren, cantando a toda voz, emitiendo con fuerza los sonidos del silencio que vibraban en sus pupilas, cantó marcando el paso y en yiddish:

Nunca digas que esta senda es la final
aunque cielos plomizos la oscurezcan.

Y mirándome desde el ventanal del tren:

—Es la marcha de los Partisanos, Moishe.

A las cuatro y media de la tarde se escucharon dos disparos. Y de inmediato, un fuego majestuoso estalló sobre las cámaras de gas. Dos de los SS que conducían las excavadoras yacen muertos. Tomamos sus fusiles. Los ucranianos se desconciertan, levantan las manos. Entonces nos lanzamos hacia las alambradas, gritando.

Gritando, simplemente gritando, modulando gritos, gritos, Isaac, solo gritos que rajan el aire, gritos que estallan en nuestras gargantas, liberando antes que nada, que nadie, el grito prohibido, reprimido, incinerado.

El grito puro, el grito sin consonantes, ancestral, eterno.

Tan eterno como el silencio de los dioses, Isaac, el grito de los hombres.

Una vez León lloró. Lloró y lloró, y yo fui a ver. Y él: “Andate, andate, no sabés nada”. Y mi papá dijo: “Se terminó, se terminó todo”. Y yo sé. Lo que se terminó es la mámele de papá y la búbele y todo. Se terminó, y mamá que llora y llora y agarra a León, y yo voy a buscar la caja de zapatos y se la doy a mamá. “Andate, andate, no sabés nada”. Y mi papá: “Andá, andá a la calle; andá, andá a jugar con Fito; andá Moishele, vos tenés tiempo”.

El Fito y yo tenemos mucha rabia porque hay uno que nos dijo que Tarzán no va a la playa que está aquí, en la calle que va para abajo y se acaba en el agua.

Pero mi hermano, que es el que sabe, dijo que sí, que Tarzán es del barrio.

Yo a mi hermano lo quiero más que a Miska, más que a todos.

Se preguntó si en el último andén, en el andén final, estaría el Tony. Es muy lindo que a uno lo esperen.

El Tony tendría unos 10 años. A veces estaba, otras, no.

Vestía un pantalón vaquero, descolorido y con remiendos. Uno en la rodilla. La primera vez que lo vio, el gurisito andaba por ahí, como bobeando con un trompo. Lo llenaba de chaura, prolijo, lo empalmaba en la mano, pero no lo largaba. Ya había escuchado el pitazo anunciador del tren.

La primera vez que se le aproximó, el Viejo dudó. Un instante antes el gurí, flaquito y vivaracho, había mirado hacia la puerta de salida de la estación. Una mujer, canosa pero joven, observaba. Y lo observaba.

El Viejo fue de los últimos, o el último en bajar, chismosa en mano. Traía naranjas y lo de siempre. El gurí volvió a mirar a la mujer, que le hizo un leve gesto de asentimiento. Y desapareció.

Entonces el Tony no dudó. Se le aproximó al Viejo y le dijo:

—Lo ayudo, don Isá.

Pienso en un vaso de té. Sueño con un vaso de té, caliente, humeante, ambarino, que te entibia las manos y abriga tu vientre, sorbo a sorbo; es casi una obsesión, una alucinación, Isaac. ¿Existe realmente el té? En tanto yo lo bebo, Isaac, no te creas. Porque la fantasía, ¿sabes?, es la única cualidad humana que no está sujeta a las miserias de la realidad. Como las cenizas, ¿comprendes?

Porque han comenzado a acumularse grandes cantidades de cenizas. Están incinerando cuerpos.

Hay veces que el viento envuelve el campo en una nube gris, negra. Respiramos cenizas, están en nuestros pulmones, en los poros.

Se abren las fosas de multitudes, se las riega con bencina, arden. Arden y arden.

Entonces tienes más cenizas. Son como las montañas de carbón que asustan a Moishe.

Pero de ceniza.

La carta que está escrita en la página anterior, Viejo, nunca fue escrita. Y vos, que nunca la leíste, sabías lo que allí estaba escrito.

Son esas cosas que uno quisiera responder, y quisiera hacerlo y busca y busca, pero la interrogante, la duda, es inamovible.

Como aquella pregunta que me hiciste cuando estabas internado en cuidados intensivos, con poco resto, en el hospital.

Estabas en los huesos, rodeado de tubos, suero, transfusiones, aire. Y te sedaban. Pero duraba poco. Reaccionabas rabioso de tanta luz, tratando de manotear infinitas sondas.

Pero no podías. Estabas atado con vendas a la baranda de la cama, atado, Viejo, para que no te arrancaras el tratamiento, con los ojos encendidos.

Y ahí me viste.

—¿Por qué me atan? ¡Desatame!

La luz blanca, como la del primer día de la Creación, era mucha, y las respuestas ausentes. Y vos que me mirás, ya en otro tono, por una respuesta que aún no tengo.

—¿Dónde estoy? ¿Esto es la muerte? ¿Así es la muerte?

Han traído a nuestro campo a los prisioneros del Bloque 2, que conocemos a distancia, alambradas por medio. Son los que trabajan en las fábricas de municiones. Los llevan al alba, y es cuando los vemos.

Ahora están acá para trabajar con los cadáveres.

En el Bloque 2 está el depósito de armas.

Y no te pienses que me olvido del terrón de azúcar. No. Lo muerdo —"lo muerdo", ¿entiendes?— porque es como si lo tuviera. Lo muerdo y cruje antes de cada sorbo, Isaac. No hay como un buen vaso de té caliente. No, señor.

Los que trabajan con los cadáveres han logrado esconder varios galones de gasolina.

El tiempo, Isaac, se arrastra con irritante lentitud.

El monopatín estaba arrumbado en el altillo, junto a otras cacharpas, fuera de uso. Cuando la nieta tuvo su primera bicicleta, lo jubilaron.

El Viejo consultó a Darío, el hojalatero, su parejero en los canaritos, si se lo podía dejar como nuevo.

Darío le preguntó de qué cuadro era el botija. El Viejo no entendía.

—¿Para qué? —preguntó.

—Para pintárselo de ese color —respondió.

Y era que el Viejo le había contado el encuentro con Tony, y que dos por tres se aparecía en el andén, y quería regalarle el monopatín de la nieta.

—Se lo dejo en hoja —dijo Darío al pie, agregando—: Pero usté no puede cargar con todo.

—No —respondió.

—Pídale la dirección, que yo se lo mando por encomienda.

Marchó con Darío el monopatín para su reparación, y el Viejo quedó con deberes: de qué cuadro era el pibe y la dirección en un papelito.

De regreso, antes de entrar a la pieza del taller, miró el jaulón, el nidito con dos pichones.

“El de acá es para él”, se dijo.

El Viejo, con la vejiga aliviada, es otro. Estira las piernas, mira la hora y sigue fugando por los espectros del ventanal que nadie ve. Solo él.

En otros días le conocí algunas disparadas, regulares. Mamá no salía, solo al Cementerio de La Paz.

Alguna que otra vez el Viejo caía por lo de Iosele, que era solo y tenía un puestito de verdura en La Blanqueada.

Era bajito, atento, más o menos por la edad del Viejo. Tenía una silla en la entrada del puestito —un garaje— y desde ahí atendía a las vecinas mientras leía el *Unzer Fraint*. El mismo diario que papá recibía. De izquierda y en yiddish, con una página en español. Cuando iba con mamá a La Paz visitaban siempre la tumba del fundador del diario. Le dejaban dos piedritas sobre la lápida. Era señal de que lo recordaban, que habían estado. En la lápida, una estrella de David. Y del otro extremo, una hoz y un martillo.

Con Iosele —que también caía algún que otro domingo por casa— trajeado y de lentes, hablaba de política. "Política", decía mamá, que servía té con bizcochitos de miel.

Pero el Viejo tenía otra fuga: al cine, solo. El biógrafo.

Trajeado, con corbata y el gacho gris. Nunca supe a qué cine iba. Pero supe, sí, qué películas veía.

Papá era de Tarzán. Alguna vez me contó que en Polonia veía a dos cómicos alemanes, muy divertidos: Pat y Patachón. Eran films cortos. Pero aquí salía en busca de Johnny Weissmüller. Se ve que el diario tenía una sección de films para ver, con horarios, y se pasaba el noticiero. Entonces salía.

Alguna vez conversamos de eso. Y le recordé que cuando vivíamos en Gonzalo Ramírez, desde la esquina se veía el mar. Y ahí, cuando uno no tenía ni edad para ir a la escuela, me contaron que en ese mar que yo veía se entrenaba Tarzán, y que si me levantaba más temprano podía oír sus famosos gritos.

—Yo te hacía ese cuento —dijo el Viejo—. Te quedabas mucho en la cama.

Entonces le pregunté qué cosas le gustaban de Tarzán.
—Todo —me dijo—. Les gana a todos. Tiene un león.
—También elefante, novia. La mona Chita.
—Yo tengo al Zapi. Y aquí estoy.

A veces —como ahora— rompo las reglas del juego.

Me estoy mirando en el ventanal del Viejo.

Barajo mis recuerdos con los suyos. Debe ser que sus memorias y las mías andan por ahí, revoloteando, o en las neuronas adormiladas en el mismo anaquel. Digamos que en la misma sección del tiempo.

O simplemente generadas en su momento por las mismas razones que vuelven metafísico a Rocinante.

Por los días del suceso estábamos en calabozos sin ventilación y recién pintados con cal, que el aire transvasaba a nuestros bronquios.

Uno venía mal, porque en esos días a los viejos les habían dado el desalojo. Los expulsaron del territorio del barrio: patio, vecinos, recetas, jaulón, cretonas. Fueron acogidos en el Hogar de Ancianos de la Colectividad. Allí el Viejo pidió si podía conservar la Singer. “Con ella le di el pan a mi familia”.

No pudo ser.

Durante la noche caliza me visitó el Viejo. Se sentó en el rectángulo de hormigón, mi catre. Me dijo una palabra, una sola palabra. Y evanesció.

El Pepe estaba en la otra punta de los calabozos, el Ñato al centro. Yo en la otra. No nos vimos en todos esos almanaques. Pero nos comunicábamos a golpe de nudillo a través del muro. Morse canero.

Lo llamé al Ñato. Solíamos tener algunos diálogos místicos, trastornos. Nos entendíamos. Vivíamos en el mismo círculo.

—Anoche vino el Viejo —le dije.

—¿Qué te dijo? —preguntó.

—Una sola palabra.

—Dale —respondió.

Al transmitirla fue la última vez que la recordé. No la conocía. Tampoco el Ñato.

—¿De qué idioma es?

—No sé.

—¿Hebreo?

—No sé. Pero sé lo que quiere decir: “¡Moishe! ¿Qué hacés ahí

parado? Sentate. Comé".

No se pudo avanzar. Incógnitas: cómo una sola palabra puede decir tanto. Y fue a dar a la alcancía de los misterios.

Meses después tuve visita. Veinte minutos, divididos en dos tandas. Carmen, madre de mi hija. Luego el Viejo.

En los primeros diez me cuenta, preocupada, que el Viejo tiene alucinaciones, que lo vio un psiquiatra, que cuenta que me vio en el comedor del Hogar. Querían que yo lo supiera para cuando hablara con él. Ahora.

Quedamos solos con el Viejo, doble reja al medio. Lo vi como siempre. Se sienta frente a mí, el gacho gris entre sus dedos.

—Che, Viejo, dice Carmen que me viste en el Hogar.

—Sí —responde el Viejo—. En el comedor.

Y entra a contar, tranquilo, normal.

—Estaba con mamá en el comedor, en la mesa, con Samuel. ¿Te acuerdas? Repartía el diario. Entonces miré la puerta, porque sí, esas puertas que van y vienen, y entrás vos, con el saco azul.

Narraba medio mirando al piso cuando le pregunté:

—¿Y vos qué hiciste?

—Nada. Vos estabas ahí buscando para adentro. Entonces me paré y te dije: "¡Moishe! ¿Qué hacés ahí, parado? Sentate. Comé".

Después de un par de semanas nos empezaron a numerar. No inmediatamente. No sabíamos qué significado tenía en ese momento, si vivíamos o moríamos o qué. Porque a la esposa de mi hermano, que había llegado de Rumania al mismo tiempo que nosotras, no la numeraron. Así que no sabía por qué algunos eran numerados y otros no. Mi número era A24737. No. No era. Mi número es A24737. ¿Ve? Acá. En mi brazo. ¿Ve? "A"… no sé qué significaba la "A". Creo que la "A" empezó cuando se acabaron los números.

Después apareció la "B".

Mi madre era A24736.

Se llamaba Chana.

Tenía un hermano en Montevideo, Uruguay.

Hay días que son permeados por otros días. Días que no son el que se está viviendo, Viejo, y que se te meten por ahí. Como una baraja en el mazo. Será que cada día es parte de los otros, que los otros están en el día que estás viviendo. Y de pronto el que estás viviendo no es vivible. Entonces atrapás otro, con luna en puntas de pie sobre un lago, y estás paseando con mamá entre tilos, en un parque de Lublin.

Son como una baraja perdida que vuelve al mazo. ¿Cómo llegan? ¿Quién los trae? Alguien te los manda, Viejo, para que puedas trillar rumbo a una visita, donde te tendrán parado al sol antes de darte paso.

Entonces podrás verme del otro lado de la reja, “y podremos hablar de lo que nunca hablamos”, como me dijiste un día, porque de eso se podía hablar. De los muertos, Viejo.

De nuestros muertos.

Entonces no pude contarte lo que te cuento hoy. Forma parte de los tiempos a prueba de almanaque. Esos días no tienen día. Tanto que uno puede escribir sobre esos días y enviarte lo escrito a vos como carta cuando ya no estabas, imaginando la peripecia de los nuestros, aquellos que tuvieron destino de humo.

Pero un buen día alguien —¿quién?— me repartió dos o tres cartas de esas barajas. Y aunque yo las tengo, te pertenecen.

Ahí van.

Una vuelta se comunica conmigo un director cinematográfico, Stawsky. Me cuenta que están trabajando con la Universidad ORT en un documental sobre los sobrevivientes. Muchos de ellos viven en Montevideo, Uruguay.

Entonces me dice que desean que yo participe en el film. Agradecí emocionado, y le dije que era tremendamente fuerte la presencia de los que sobrevivieron, que para mí estar ahí me avergonzaba.

Hasta que me hicieron llegar una carta, casi un pergamino, donde los que firmaban me decían que yo también era parte de la memoria, que mi presencia sería un acto de memoria. Y firmaban alrededor de 40 hombres y mujeres de brazo numerado. Más de uno, amigo tuyo.

Así fue, Viejo, que participé como un sobreviviente más, en un encuentro donde me pidieron que les leyera algún pasaje de *Las cartas que no llegaron.*

El documental se iba a llamar, y se llama, *A pesar de Treblinka.*

Creo que el que maneja las barajas se aburrió de jugar al solitario y nos mandó un día como todos los días. Te cuento.

Fue en el parque Rodó. Una calle de grava rosada bordeada de palmeras, que descendía hacia la costa, hacia la playa Ramírez, la playa de la infancia, donde me llevaba León.

Allá en lo alto de la calle rosada, un riel que transitaba la cámara de Stawsky. A ambos lados, muritos de ladrillo pulido rojizo, sentables.

Fueron llegando en parejas, solos, algún grupo. Con sus mejores prendas, ellos, hijos de los campos, de todos. Se fueron sentando en el murito, conversando bajo, saludándose. De pronto vibra un canto que se aproxima, que avanza lanzando notas vitales, notas que estaban por encima del idioma de la letra. Era la alegría de vivir que venía llegando, y ella sonriente, y a poco se detiene, y todos sonreímos, y no hay mejor manera de decir "¡Hola, aquí estoy!", ella nos iluminaba a todos.

Ella, que siendo muchacha en Auschwitz, y para mantenerse muchacha fue capaz de canjear, hambreada, su ración del día, por un peine.

El director nos fue ubicando. Frente a mí, calle por medio, un hombre delgado, alto, traje impecable, sombrero gris, las piernas cruzadas y un par de zapatos negros, relucientes.

Silencio. Se filma. Comienzo la lectura. Unas páginas que seleccioné al azar, vinculadas con el título del documental. Se trata de las conspiraciones de los condenados que te fueron llegando, Viejo, en cartas no escritas, y que se pueden leer páginas atrás.

Incendiaron los hornos crematorios, desarmaron a los SS ucranianos, rompieron los portones.

Y en la lectura, cada vez que levantaba los ojos en un respiro, me encontraba con el rostro casi sonriente del hombre que tenía frente a mí, calle por medio. Cuando se cruzaban nuestras miradas, hacía un leve asentimiento.

Terminó la toma. Los sobrevivientes tuvimos un respiro. Pero Stawsky, liberándose de la cámara me dice y le dice al hombre de las piernas cruzadas:

—Quiero que se conozcan.

Ya estamos frente a frente, es un poco más alto que yo. Nos estrechamos con fuerza las manos.

Stawsky le dice:

—A él ya lo conoces.

Entonces me lo presenta, Viejo.

—Chil Rajchman, uno de los organizadores del levantamiento de Treblinka.

Ni la solemnidad de una coronación, ni una noble petición de mano, ni tras cartón la marcha nupcial con alfombra y cola se comparan con la olímpica postura de evacuación de una meada.

El Viejo la vivió hace dos estaciones. No hay órgano que comprima con tanta vehemencia la vida interior, tanto, que en ese estado no hay en el individuo otro pensamiento más globalizador ni apremiante. Tanto que se da un birlibirloque orgánico y la vejiga se instala en el cerebro.

Por eso la postura del meador es escultural. Solemne, vertical. Mear es un pinar con vista al mar, paradisíaco. Sueño de preso.

Es el que teníamos con el Pepe y con el Ñato, bajo tierra, con prohibición de evacuar en el nicho, a riesgo de sanción con biaba. Nos llevaban una o dos veces por día al escusado. Hasta que el Pepe inició "la batalla de la lata", a los gritos, un día con ceremonia militar en la plaza de armas, con comandante, familiares y orquesta.

Eso trajo sendas latas de dulce de membrillo o duraznos en almíbar, según a quién. Y una sensación de alivio y felicidad (que no es más que la comparación de un estado con otro), que a fin de cuentas entramos a tener calabozo con baño privado, y la posibilidad de reciclar a temperatura ambiente el contenido en los días sin agua.

Y un cantito, una serenata, una señal de vida que entró a darse, cuando en el silencio de la nocturnidad cualquiera de nosotros depositaba una cascadita que la lata musicalizaba.

Ni Beethoven.

En eso un muchachito de la producción le dice algo a Stawsky, nervioso, susurrando. Y Stawsky se dirige a mí de inmediato y en el mismo tono, pudoroso, para decirme:

—Chil quiere orinar y usted puede saber en qué lugar.

—Vamos, Chil —y no precisamos más.

Y ahí marchamos los dos. Él se apoyaba en mi brazo. Íbamos esquivando raíces de eucaliptos alzados, apuntando hacia una dependencia del parque, un pequeño depósito con tejas rojas y un municipal en la vuelta.

Chil hablaba, mientras yo conducía. Me venía contando el primer impacto que tuvo en Treblinka, bajito, casi secreteando.

En la explanada los hicieron desvestir a todos y a todos se los llevaron para distintas direcciones, la hermana iba con las mujeres.

En un galpón le dieron un uniforme sucio, usado, que había perdido su habitante. Con el uniforme puesto, él y otro volvieron a la explanada a clasificar las ropas de los que ya no las usarían. Clasifica una, otra, otra más. Hasta que llega a una, y recoge y alza el vestido de su hermana.

—No hay baño —me dijo el custodio de la barraca.

Y en eso veo en el fondo un terreno cercado por un muro de ladrillo, en curva, donde estaban reciclando unos cajones con envases vacíos. Miro el fondo, lo miro al hombre.

—Dale.

Y ahí fuimos con Chil. De lo más natural, guardando espacio.

El regreso fue más lento. Cuesta arriba, como si las palmeras se hubieran alejado. La filmación había terminado por ese día; los protagonistas lentamente se iban dispersando, la tarde soleada entraba a caer.

—Pero lo más duro que me tocó vivir fue como peluquero, que yo no lo era: en el corredor donde las mujeres, desnudadas, iban hacia las duchas. Yo estaba con una silla en el camino, a ellas las detenían antes y pasaban en grupos, había otros peluqueros como yo. Se les cortaba todo el pelo, se juntaba en una bolsa. No se podía hablar. Pero una vez, una señora se sienta en mi silla y murmura sin dejar de mirar al frente: “Por favor, demora todo lo que puedas, porque atrás viene mi hija y queremos entrar juntas”.

Afuera continuaba garuando. Un agua lenta, parsimoniosa, que solo se aceleraba cuando golpeaba contra el vidrio del ventanal. Entonces bastaba una gota que entrara a moverse para toparse con otra y ahí en manada corrían hasta el marco, su destino.

La memoria del Viejo buscaba refugio, y le mandó un gato. Lento, silencioso, tanteando el territorio, entrando a escena con cautela. Estaba en el aire y no caía, de gris cálido, sintiendo que había llegado a casa. Irradiaba tibieza, paz.

“No es gato, no”, se dijo Isaac, casi sonriendo.

“Es gata”, y la acarició con el índice, del otro lado del vidrio. “Miska”.

Era una compañera que tenía en la pieza del taller. Los días tibios abría las dos hojas de la ventana, acordonaba a un costado las persianas, y quedaba descorrido el barrio. El tronco de un plátano, de bosque, donde instalaba a Vincha Brava, el cardenal. La calle con vías, donde traqueteaba su colorido amarillo el tranvía 23. En la vereda de enfrente, el terreno con el níspero abichado sobre la vereda, el fondo de la residencia de doña Celina, que le había obsequiado el jaulón del patio. El balcón tenía un otrora suntuoso y al final desdentado cierre como de mármol, pero menos, con aparatosos sostenes verticales, una sonrisa con un par de faltantes, y arriba estaba cubierto por un largo y rectangular reposabrazos donde siempre se instalaba Miska.

La gata era consciente del excepcional lugar que ocupaba: la vista, el tranvía, los vecinos, alguna vecina que se detenía con la nieta de la mano, “mirá mirá”. Y ella ahí. Impertérrita.

Reposando a lo largo, con las manos recogidas, escondidas bajo el pecho, la esfinge del balcón. Campaneando.

Y el Viejo que plancha sobre la mesa de sastre, corriendo telas, guardando recortes en el cajón del Zapi, orgulloso con la postura de Miska, como custodiando al cardenal del plátano.

Solo falta —y ya está llegando— que Rosa le alcance una taza de té.

Vuelve a arañar el vidrio de la ventana con la uña, y como esperando un ronroneo, un poco triste, se dice: “¿Qué más?”.

El humo del crematorio no se detenía nunca. En las barracas recibíamos golpizas todos los días. De las muchachas que venían con nosotros nunca más supimos. Un día nos embarcaron en un tren. Íbamos como cuando nos trajeron. Llegamos al Campo de Ravensbrück. Había allí intelectuales de Polonia, de todos lados, doctores, abogados. No muy lejos había un campamento de prisioneros de guerra, franceses, rusos. Nunca más supimos de ellos. En Ravensbrück trabajábamos en el bosque, donde tenían contenedores bajo tierra. Hacían municiones. Trabajábamos por la noche para que no nos vieran, era invierno. Caminábamos diez kilómetros para ir, lo mismo al regreso. Había nieve en el suelo, y cuando caminábamos usábamos zapatos de madera, y la nieve se pegaba a la madera y no podíamos caminar. Por el camino recogíamos piedritas.

Poquitas, cada una. Las poníamos en los moldes. Hasta que sospecharon del sabotaje. Entonces venían con los perros y nos rodeaban.

Zofia

Uno a veces, Viejo, recibe mensajes. Muchas veces ni sabe que los recibió, pero termina actuando bajo las directivas de ese mensaje. No necesita teléfono ni el timbre del cartero. Llega por las suyas, discreto como “un yo no fui”. Te lo cuento a vos, Viejo. Los demás escuchan.

Las cosas que te estoy contando son presente y al instante —como todo— son memoria.

Porque la correspondencia es tuya. Este libro, este, lo tecleo a partir del estante de la biblioteca que se desparramó y me dejó en la mesa un libro, un libro tuyo, de tapas negras viejas, de poco volumen, “*printed in Palestina*” y en hebreo, 1945. Libro de fotos que rescataron de los campos los que iban a morir. Y que tiene, tu libro, una dedicatoria manuscrita en yiddish.

Del anaquel que se desparramó, el único que quedó sobre el escritorio fue ese. Que no conocía. Porque cuando los desalojaron a vos y a la Vieja estando yo en cana —y tal vez por eso—, y fueron a dar al Hogar de Ancianos, vos llevaste tus cuatro o cinco libros, y al resto, los míos, los guardaron los vecinos. Se te olvidó ese, Viejo.

¿Se te olvidó?

Siempre me dibuja una sonrisa la sentencia que dos por tres le espeta don Quijote a Sancho, como corolario de una narración que cuenta lo increíble:

—No se mueve la hoja de un árbol, Sancho, sin la voluntad de Dios.

Merece ser sentencia bíblica, y tal vez lo sea.

Que a fin de cuentas cuando le preguntan a Einstein si cree en Dios, responde algo así:

—No creo en ninguna religión revelada. Pero hay demasiada armonía en el espacio para que sea obra de la casualidad. Se necesita más imaginación para creer en el azar que para creer en un dios.

Entonces, Viejo, el libro de tapas negras gastado me lo pusieron sobre el escritorio por casualidad, por azar, ¿o me llegó planificado?

Las fotos del libro las sacaron los nazis. Es una cronología que va desde su llegada al *shtetl*: el *ghetto*, el hambre, los paisanos desnudos con sus hijos arrojados a una zanja. Qué te voy a contar. Y ese libro te lo dio en mano propia un paisano, y te escribe a mano:

"A la memoria eterna de mis padres queridos, que su memoria sea bendita, que fueron expulsados, exterminados y cremados en Auschwitz el 31 de mayo de 1942.

Y mi hermano querido que cayó en el campo de concentración, lugar y fecha de muerte desconocida.

El que quedó con vida soy yo. Estuve en el campo desde el 8 de mayo de 1941 hasta el 14 de abril de 1945".

En el campo de Malchow nos daban, cada día, para todo el día, café negro, que no era café, y un plato de sopa que se hacía con cáscaras de papa y cáscaras de zanahoria, más una rodaja de pan.

Un día Malchow se llenó de camiones y los vimos. Tenían símbolos de la Cruz Roja. Vinieron al campo y donaron muchísima comida. Entonces pensamos: bueno, quizás nos empiecen a dar un poquito más de comida. Pero en eso, los que habían llegado empezaron a subirnos a los camiones a los que estábamos ahí, eran doce camiones ¡con comida! Yo no sé si todos se fueron del campo de Malchow; a las tropas de franceses y rusos qué les sucedió no lo sé. Solo nos dijeron que mientras estuviéramos adentro de los camiones y fuera de los portones, éramos libres.

Así me dijeron:

"Tú eres libre".

Zofia

Llegamos.

El Viejo, solo, nunca andaba solo. “Llegamos”.

Por las chapas de zinc de la terminal techada, miríadas de agujeritos dejaban pasar la luz. La cartelería, palideciendo. Uno podía leer los carteles por conocimiento. “Estación Paso de los Toros”. Y te aconsejaban un refresco.

Bajaron todos, que no eran muchos. En el andén, vigilante, el inspector de gorra con visera, sosteniendo el silbato de las anunciaciones entre los dientes.

El Viejo miró por el ventanal. El Tony no estaba.

Cargó la chismosa con las reinetas y el cuidadoso envoltorio de los zapatos negros, brillantes, nuevos, de punta. Descargó, trabajosamente, su humanidad con el sombrero puesto. Volvió a mirar. Hizo un gesto y entró a andar hacia la salida de la estación. Al cruzar por las oficinas le pareció ver junto a un mostrador al Tony y su madre. No se detuvo. Llegó a la vereda, había movimiento, encuentros, esperas, búsquedas. Paquetes.

Afirmó su carga. Respiró como suspirando para adentro, un vientito. Y entró a caminar.

“Son seis cuadras”, se dijo. “Vamos”.

Una noche, ¿sabes?, una muchacha de nuestra barraca empezó a dar gritos terribles mientras dormía; unos minutos después todas estábamos gritando sin saber por qué. ¿Por qué?

Pienso que ese sonido lastimoso que, en ocasiones —solo Dios sabe cómo —, cruza los aires como un pájaro sin cuerpo, es una expresión reconcentrada del último vestigio de la dignidad humana.

Es la forma, tal vez la única, que tiene un hombre de dejar una huella, de decir a los demás cómo vivió y murió. Con sus gritos hace valer su derecho a la vida, envía un mensaje al mundo exterior pidiendo ayuda y exigiendo resistencia. Si ya no queda nada, uno debe gritar.

El silencio es el verdadero crimen de lesa humanidad.

Cuando era pequeña, Isaac, me preguntaba dónde iban los sueños. Tú sueñas y el sueño es como el agua. ¿Dónde va toda esa agua? ¿A los mares? Y luego, ¿serán nubes? Los sueños, entonces, regresan con las lluvias.

¿Y los gritos? Hoy me pregunto, los gritos, ¿dónde van? No pueden, no deben perderse. No es posible que se pierdan, no pueden deshacerse en la nada, no pueden morir en nada, morir para nada; para algo se han creado, para algo se han gritado, Isaac; el grito no puede, no puede morir. No muere. Nosotros sí que morimos, cada amanecer, en cada selección de Grete, en cada tren que llega. Pero nuestros gritos no, el grito no.

Quiera Dios que nuestros gritos se escondan bajo las almohadas de los que no saben, de los que saben y callan, de los que no quieren saber.

La violación que guardé, que no conté, fue culpa de no decirles a mis padres, sabía que les hubiera dolido. Pero quizás habría recibido un poco de amor, de coraje, no lo sé.

Me culpé por no estar con mi madre cuando murió.

Me culpé por muchas cosas, pero la gente me dice que no hay mucha gente que haya hecho lo que yo. Me dicen que no me culpe. Pero me culpo, y duele mucho.

Tengo insomnio muchas noches, en las que vuelven los recuerdos. Un niño que llora me recuerda a la caminata por el bosque en que los bebés tuvieron sus cabezas despedazadas contra los árboles. Todos los días veo algo.

Zofia

—Documento.

El Viejo le entrega la cédula, que sostenía entre dos dedos.

—¿A quién viene a ver?

—A mi hijo.

—Ajá.

Entonces le indicó que “el paquete” lo dejara sobre otra mesa y esperara afuera.

Afuera, de pie, esperó una hora mientras rumiaba algo que le producía expectativa.

“Creo que hoy recibieron todo”.

Bajó las escalinatas, conocía el recorrido. El banco frente a las rejas era el de siempre. Conocía hasta a los perros, la guardia dos por tres cambiaba, fusiles Ml, calados. Del otro lado, dos custodias, el escusado abierto, y unas escaleritas angostas que iban hacia una profundidad imaginada pero no conocida, donde estaban “ellos”.

—Siéntese —ordenan—. El sombrero en el piso.

Y llega el momento en el que siempre se le aprieta el nudo, que localiza en la boca del estómago. Por la escalerita asoma un cabo, detrás, esposado, con la cabeza cubierta, el hijo. Lo sientan. Es un banco igualito al suyo. Y la capucha, la de siempre, pero no es capucha. Es una bolsa verde, dura, militar, de las que se usan para transportar municiones, compacta, impermeable, grande, que se le amontona en el cuello. Y ese es el momento en que el nudo se estruja, cuando la mano del cabo, a instancias del oficial, da la orden, y lentamente el telón oscuro, sucio, se alza y surge, pestañeando, el hijo.

El hijo, que hace musculación con los labios para estructurar una sonrisa y ejercita el habla con la complejidad de articular palabras y ahí van:

—¡Qué hacés, Viejo! ¿Cómo anduvo ese viaje?

El Viejo lo mira sorprendido por la pregunta. Sobre la estructura del hijo con fondo de escalerilla tenebrosa y escusado queda en suspenso, como titular de un film con leyendas, el "cómo anduvo ese viaje", ese viaje que duró décadas, con el *shtetl* y la guerra, y Florida y León, y Rosa y el barrio, y las cartas. Y cómo carajo hace para responder, en diez minutos de visita, "cómo anduvo ese viaje", con la canarita y las cretonas; cómo, los tantos que no sobrevivieron. Cómo.

Y entonces:

—Después te cuento.

Cuando salió, solo le quedaba caminar hacia la estación. De la chismosa no le devolvieron nada, y el hijo —que nunca vio los zapatos ni mordió una manzana— hoy iba a recibir las cosas. Porque él, Isaac, firmó “Recibido”.

Caminar, respirar hondo, regresar a casa lo liberaban de tensiones. Iba suelto, liviano, solo pensando “cuándo volverá él”. Entonces comienza a sentir un sonido como de la rueda en marcha de la máquina de coser, y no quiere mirar hacia atrás porque piensa que lo siguen, y apura el paso, aún cansado, falta poco.

Se pregunta si el sonido no vendrá de su cerebro, si otra vez fantasías, cosas, y el ruidito, más nítido, se acentúa, está junto a él y una voz que lo detiene y lo hace mirar.

—Don Isá, don Isá, dice mamá que gracia por todo, don Isá. Que acá le manda esta torta frita pal’ viaje. Mire. Recién me lo trajieron en su tren. ¡Mire don Isá: mire!

En la memoria no se envejece.

Si vos invocás al botija que fuiste, de pantalón corto y jugando a la bolita en la vereda, fijate. Está igualito. En la memoria no se envejece.

Tampoco la memoria. La memoria no envejece.

El ciruelo de Rosa está tal cual, no le falta ni una hoja, y con su Rosa entre las ramas.

Los recuerdos suelen ser un abanico para la tarde espesa. Te activan el sistema circulatorio y podés avanzar a pie firme. Digamos que hasta la estación.

Paró la lluvia, se desparraman las nubes, hay sol.

Quien nos mire desde fuera de la Tierra —lo que son las cosas— nos verá formando parte del cielo.

Cuando Rosa sintió la llave en la puerta se fue para la cocina. La puerta era pesada, de doble hoja, alta. Y sostenía la gracia de una manita en bronce, delicada, femenina, que relucía, y que uno podía levantar un poquito, y era el golpeador infinitamente lustrado con Brasso y brazo, día tras día, dejando en derredor sobre la puerta nubarrones del limpiador pero que exaltaban la delicadísima manita brillando en bronce.

Al cruzar la cancel el caldo de alitas de pollo ya se estaba calentando y Rosa que no para de enhebrar:

—¿Cómo está? ¿Está flaco? ¿Qué come?

Liberó sus pies el Viejo, y Rosa:

—¿Cómo le quedaron los zapatos? ¿Le gustaron?

Mientras, Papá se enchancletaba, se lavaba las manos, y ya sentado frente al caldito caliente de alitas, en voz queda:

—Todo está bien, Rosa. Todo está bien.

—¿El caldo está caliente? ¿Quieres una alita?

El silencio de los viejos es engañoso. Guambia. Llega un momento en los días del individuo que el mundo exterior ya fue trillado. Y que los hilitos de la vida tiritan, son débiles. Pero siguen siendo la savia de la vida, de su vida. Por eso hay canarios y cretonas, y Rosa y bizcochitos de miel. Hay hijo. Vecinos, barrio, un gato.

Pero tienen más texturas las venas del silencio. Porque en el silencio —aunque en la cascada de los recuerdos algunos vengan fuleros— hay memoria. Y uno contempla los recuerdos, los vive, los vuelve a vivir. Nada, nadie los fastidia. Rosa trepada en un ciruelo, muchacha, y él al pie declarándole su amor, y el hijo que nace, que ya camina. Corre. Y él que lo alza. La *isba* aquella, en Polonia y en invierno, con todos los muchachos, sauna. Piedras, rocas calentadas para transpirar, y luego agua, mucha agua y vestirse —él ya con traje de soldado que parte al frente— y luego al salón donde arde la estufa, con mesa larga y al centro una escudilla de barro llena de vodka con pan negro rebozado en manteca. En el silencio de los viejos, de mi Viejo, está la vida, su vida.

No interrumpas su silencio.

Déjalos solitos, junto al ciruelo.

Testimonio de Zofia Evenas
Nombre de soltera: Zofia Leaderman Rozenkopf
USC Shoa Foundation - Los Ángeles, California
Filmado el 25 de octubre de 1994
Desgrabación y traducción de Inés Guridi Rozenkopf

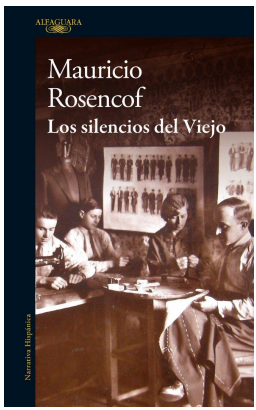
Esta foto colgaba siempre en el taller del Viejo. La primera vez que vi una pared, ya estaba. Próximo a un siglo después, conozco hoy lo que nunca conocí. Viviendo y aprendiendo, diría Sancho. La memoria garúa dentro y fuera del cerebro. Sobre el final de la entrevista que le realizan a la prima Zofia, le preguntan si tiene fotos para mostrar.

Y ahí le aparece, entre las primeras, esta, que comanda la página. Su índice va recorriendo cada detalle. Cuenta. Que es la foto en el taller de su padre, en Lublin, 1930. Y que en el taller trabajaban familiares y amigos. Que ella, Zofia, con cuatro años, invadía la sastrería. El que está parado —dice— con la cinta métrica colgada al cuello, junto a la mesa, "es mi padre". Y luego su índice señala rostros y suelta nombres como con guillotina: "No sobrevivió". "... Mi tío...". "No sobrevivió". "Mi primo...". "No sobrevivió". "Otro primo". "No sobrevivió". "La hermana de mi mamá".

Y acá me detengo. Si es la hermana de su madre, que sobrevivió de Auschwitz, esa también es hermana de mi padre, el Viejo. Y por primera vez la veo en la foto, rubia, menuda, enhebrando una aguja. Es mi tía. Mi tía. Mi tía es una foto.

Finalmente el dedo de Zofia se detiene en la figura de primer plano. Sentado, rubio con raya al costado, cosiendo. Y de él dice: "Este es mi tío, no sé si sigue vivo, pero vivía en Uruguay, en Montevideo. A través de él llegamos a estas fotos".

Esta foto siempre estuvo viva en los silencios del Viejo.



«Uno a veces, Viejo, recibe mensajes. Muchas veces ni sabe que los recibió, pero termina actuando bajo las directivas de ese mensaje. No necesita teléfono ni el timbre del cartero. Llega por las suyas, discreto como “un yo no fui”. Te lo cuento a vos, Viejo. Los demás escuchan.
Las cosas que te estoy contando son presente y al instante —como todo— son memoria.»

Un hallazgo inesperado en la biblioteca de Mauricio Rosencof fue el impulso creativo de esta novela, cuyas raíces llegan hasta los orígenes de la peripecia de una familia judía que desembarca en Uruguay huyendo del Holocausto. Un libro cuyo proceso de escritura descubrió para el propio autor aspectos reveladores de la historia de su familia.

El viaje de don Isaac en tren, para ir a charlar con su hijo preso, es el símbolo de otro viaje, más profundo y complejo, que une los destinos de diferentes generaciones en su lucha contra la injusticia y el desarraigo.

Un relato de amor y compromiso, de lucha y esperanza.

MAURICIO ROSENCOF

Nació en Florida, Uruguay, en 1933. Es escritor y periodista. Fue dirigente del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), detenido en 1972, y a partir de setiembre de 1973 fue incomunicado y aislado durante once años y medio, hasta el fin de la dictadura militar, en 1985. Entre sus libros publicados se encuentran:
El Bataraz (Alfaguara 1999), *Las cartas que no llegaron* (Alfaguara 2000, 2010), *Piedritas bajo la almohada* (Alfaguara 2002), *El Enviado del Fuego* (Alfaguara 2004), *El barrio era una fiesta* (Alfaguara 2005), *La Margarita* (Alfaguara 2006), *Una góndola ancló en la esquina* (Alfaguara 2007), *Lo grande que es ser chiquito* (Alfaguara 2008), *Medio Mundo* (Alfaguara 2009), *Sala 8* (Alfaguara 2011), *Diez minutos* (Alfaguara 2013), *Il Duce*, en colaboración con Carlos Maggi (Alfaguara 2013), *La segunda muerte del Negro Varela* (Alfaguara 2015), *La calesita de doña Rosa* (Alfaguara 2017), *¡Que nunca falte!* (Aguilar 2018), *La vida privada de la Tota* (Alfaguara, 2019) y *La caja de zapatos* (Alfaguara, 2021).
En 2015 se lanzó la colección Biblioteca Mauricio Rosencof, en formato bolsillo, que incluye los títulos *El barrio era una fiesta, El Bataraz, Cuentos reunidos* y próximamente *Una góndola ancló en la esquina*.
Ha sido premiado en distintos rubros, traducido, editado y representado en varias lenguas. Fue director del Departamento de Cultura de la Intendencia de Montevideo entre 2005 y 2010.

© Carlos Contrera

Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Primera edición: mayo de 2022
Edición en formato digital: mayo de 2022

© 2022, Mauricio Rosencof
© 2022, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial
Colonia 950, piso 6. C.P. 11.100 Montevideo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-9915-667-32-4

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Los silencios del viejo
Brindis con el Viejo
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos